

569181000001

CES-XIX

UN AÑO

5-3

DESPUES DE LA BODA.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

EN VERSO

por D. Antonio Gil y Zárate.

Representada por la primera vez
en Madrid en el teatro de la
Cruz el 30 de mayo de 1826.

MADRID: 1826.

IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

PERSONAS.

ACTORES.

EL MARQUES DE ROSA-BLANCA..	{ Sr. José García Luna.
LA MARQUESA, su esposa.....	{ Señora Antera Baus.
EL CONDE DE FUENDORADA..	{ Sr. Ramon Lopez.
LA BARONESA DE ARICA.....	{ Señora Teresa Baus.
D. GREGORIO, tío del Marques..	{ Sr. Rafael Perez.
PERICO, criado..	{ Señor Ventura Aguado.

La escena se figura en Madrid
en casa del Marques.

El teatro representa una sala con ventanas á un lado, puertas al otro y en el foro: sillas, sofá y mesa con reloj.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

EL MARQUES. D. GREGORIO.

D. Greg. Mañana mismo me voy.

Marques. Pero....

D. Greg. No hay pero que valga.
Solo he venido por verte:
ya te ví, conque á Dios: hasta
el valle de Josafat.

Marques. ¿Si apenas ha una semana
que estais en Madrid!

D. Greg. Si estoy
dos dias mas, doy el alma...

Marques. ¿Teneis queja de mí?

D. Greg. No.

Marques. ¿Careceis de algo?

D. Greg. De nada.

Marques. ¿No os sirven bien?

D. Greg. Sí, mas ya
tantos criados me enfadan;
y á mí me sobra con uno
que me limpie la casaca.

Ademas, yo tengo aquí
todas mis horas trocadas:
velo cuando antes dormia,
como cuando antes cenaba;
y.... Vamos, no puedo mas:
yo me vuelvo á la Montaña.

Marques. Vida de un marques es esa.

D. Greg. Babiaca, ¿quién te mandaba enmarquesar?

Marques. El deseo
de dar lustre á nuestra casa.

D. Greg. Sin títulos, para noble,
con ser montañes te basta.

Marques. Ved que nombre tan bonito:
el marques de Rosa-blanca.

D. Greg. Eres Chinchilla; y no hay
nombre

mas bonito en toda España.

Ademas es conocido:

tu padre le ha dado fama

en el comercio; y tenia

crédito.

Marques. Nunca le falta

crédito á un marques: mas pronto

que un comerciante le gana:

si éste pagando sus deudas,

él solo con no pagarlas.

D. Greg. Si la profesion siguieras
de tu padre, duplicáras

tus riquezas.

Marques. ¿Para qué?

tengo riquezas sobradas:

honores y distinciones,

ésto es lo que me hace falta.

D. Greg. ¿Es decir que te se llame
usía?...

Marques. Ya me lo llaman.

D. Greg. ¿Que lleves grande uni-
forme?...

Marques. ¿Lo llevan tantos!

D. Greg. ¿Que entrada

tengas en palacio?...

Marques. En breve

la tendré.

D. Greg. ¡ Oiga! ¿ con plaza?

Marques. Si señor, de gentil-hombre.

D. Greg. ¿ Conque habrá llave dorada?

Marques. Y tambien, querido tio, mi venera.

D. Greg. ¡ Ahí que no es nada!

Para lograr tantas cosas
tendrás protecciones altas.

Marques. Por supuesto.

D. Greg. ¡ Ya!... te habrás
asido á buenas aldabas.

Verbi-gracia, algun ministro,

Marques. Poco menos.

D. Greg. Apostára
que es duque, conde ó baron.

Marques. No, que es baronesa.

D. Greg. ¡ Calla!

¿ Baronesa?... Pues acaso
tu protector tiene faldas.

Marques. Es una jóven viudita.

D. Greg. ¿ Y las viudas dan las plazas?

Marques. Esta goza gran favor.

Ademas, tengo esperanzas
de otro grande apoyo.

D. Greg. ¿ Cuál?

Marques. El conde de Fuendorada,
sobrino del mayordomo
mayor.

D. Greg. ¿ Te conoce?

Marques. En casa
de un fondista, allá en París,
me juró amistad.

D. Greg. ¡ Caramba!

Si te estimará!

Marques. Corrimos
alli juntos mil jaranas.

Yo me vine, él se quedó;
y ha permanecido en Francia
hasta hace unos quince días
que ha vuelto en fin á su patria.

D. Greg. ¿Y tú le has visto ya?

Marques. No;

pues su regreso ignoraba.

Ayer lo supe; y hoy mismo
le visitaré sin falta.

D. Greg. Sí, no descuidarse.... ¿Y
piensas

te protegerá?

Marques. Me amaba

siendo yo solo don Juan

Chinchilla; con mayor causa

siendo marques.

D. Greg. ¿Sabe ya
que has titulado?

Marques. En tan larga

ausencia, nunca le he escrito;

y así es regular que nada
sepa.

D. Greg. Pues has cometido
una enormísima falta.

Marques. Tampoco sabrá que soy
casado.

D. Greg. Eso no me extraña;
pues á mí que estoy aquí
se me figura que es chanza.

Marques. ¿Chanza?... ¿Y la marquesa?

D. Greg. Es una

huésped que está en tu casa.

Marques. ¿Si es mi muger!

D. Greg. Sí, será;

mas yo la veo que campa
por su respeto; que habita
en vivienda separada;

(7)

que la ves solo al comer,
y entonces apenas la hablas;
que tiene tertulia donde
admite á quien le da gana;
que va á paseos y bailes
sin tí....

Marques. ¿Y que?... ¿Quereis que
vaya

con la muger siempre al lado?
¿que la cele?... ó si no ¿que haga
el baboso y el cansado?....

Eso es de gente ordinaria.

D. Greg. Pues esa gente lo entiende.

Si no ¿á qué es casarse?... ¿para
ir cada uno por su lado?

No, señor: sufrir la carga.

El marido ha de querer
á su muger y guardarla.

Si él va á sus negocios, ella
con la patita quebrada,

y en casa.... Pocas visitas,
pocos paseos; no salga

si no es con su esposo; cuide

de sus hijos, que su gala

mas bella son ellos.... Yo

fui casado: era una alhaja

mi Pepa. ¡Tan hacendosa!

siempre arreglando la casa:

asi es que me la tenia

como una taza de plata.

Tan aplicada á la aguja,

que jamas se le soltaba

de las manos la labor;

y aunque tuviese criada,

ella solia guisar,

y hasta barria y fregaba:

sí, señor.... Pues ¿y virtud?

(8)

¿recogimiento? ¿qué santa!
Veinte años vivimos juntos,
y nunca apartamos cama.
¿Visitas?.... Un primo suyo
nada mas; y algunas cuantas
vecinas; mas ¡tan contenta!
Los dias de fiesta daba
conmigo una vuelta; ó bien
iba al sermon: ignoraba
qué son tertulias: de noche,
concluida la velada,
rezaba el rosario; y luego
leía la historia sacra
hasta cenar.... Era toda
una muger. ¡Cuánta falta
me hace! ¡pobrecita! Dios
en su santa gloria la haya.

Marques. Vos, tio, no os haceis cargo
que hombres de mis circunstancias
no se casan por tener
muger que cuide la casa
y los chiquillos: para eso
tienen mayordomos y amas.
Toman esposa porque es
á su esplendor necesaria.
Por sí solos nunca brillan:
ella su crédito y fama
extiende; y citar os puedo
mil de quienes nadie hablara
si no fuera por el lujo
de sus mugeres. Si tratan
de dar alguna comida
ó baile, toca á su cara
mitad recibir las gentes;
y de todos obsequiada,
ella preside, ella reina
y es la deidad de la sala.

(9)

Por ella medran y tienen
protectores: verbi-gracia:
antes los buscaba yo
cuando los necesitaba;
y ahora me buscan á mí
aun cuando no me hagan falta.
Si salgo con mi muger,
á cada paso me paran;
y con muchos cumplimientos
todos me ofrecen su casa.
Es un triunfo para mí
cuando suelo acompañarla....
Pero esto sucede poco;
porque no es tono sacarla
yo mismo á paseo: ese
cuidado en otros descansa;
y á mí me basta, en su coche,
desde el salon, admirarla
cuando va de un general
ó de un duque acompañada.

D. Greg. ¿Conque así tienes muger
no para tí, sino para
los demas?... Y dí, sobrino,
¿es esa aquella Adelaida
cuya violenta pasion
me ponderaste en tus cartas?

Marques. Sí señor.

D. Greg. Sí?... pues, amigo,
mentiste como un canalla.

Marques. ¿Por qué?

D. Greg. Porque segun veo
no la quieres.

Marques. Prueba clara
fue de amor el preferirla
á otras de clase mas alta,
á pesar de que era pobre.

D. Greg. Pues pronto pasó tu llama.

(10)

Marques. Los afectos con el tiempo disminuyen.

D. Greg. Si llevarás treinta años de matrimonio, concedo; mas esta Pascua hizo uno tan solo que te casaste, y ¡qué mudanza!

ESCENA II.

DICHOS, y PERICO.

Perico. (1) La señora Baronesa de Arica manda esta carta para usía.

Marques. (2) Bien está: di que irá luego sin falta. (3)

ESCENA III.

EL MAQUES, D. GREGORIO.

D. Greg. ¿Es esa la Baronesa protectora de que hablabas hace poco?

Marques. Sí señor.

D. Greg. ¿Sin duda te da esperanzas favorables?

Marques. Con efecto: leed.

D. Greg. Veamos.

Querido Marques”....

Te trata

(1) Entregando un papel al Marques.

(2) A Perico despues de leer la carta.

(3) Vase Perico.

mpo

con franqueza.

„Querido Marques: vuestras pre-
 „tensiones van en el mejor estado:
 „he hablado á un sugeto que goza de
 „gran favor, y me ha asegurado que
 „es cosa hecha.”

Pues entonces

ya puedes mandar que te hagan
 tu uniforme.

„A la una en punto debe venir
 „hoy á mi casa: os espero á di-
 „cha hora. No falteis, porque ven-
 „drá tambien aquel diamantista ita-
 „liano á quien tengo encargado el
 „aderezo de brillantes.

Esta es harina

de otro costal.

„Quiero que elijais vos el que mas
 „os guste entre varios que trae-
 „rá, á fin de que en esto, lo mismo que
 „en lo primero, conozcáis cuanto de-
 „sea serviros y agradaros vuestra sín-
 „cera amiga—La Baronesa de Arica.

Y dí: ¿á cuánta

cantidad ascenderá

el valor de esas alhajas?

Marques. No lo sé; mas yo presumo
 que de ochenta á cien medallas.

D. Greg. Pues la tal viudita vende
 su proteccion algo cara.

Marques. ¿Acaso dice que yo
 lo pague?

D. Greg. No, mas te llama
 para que elijas; y creo
 que la indirecta es bien clara.

Marques. Ello siempre es fuerza ha-
 cerle

una expresión.

D. Greg. ¡Pues me agrada la expresión!.... señor sobrino, vuestra conducta es muy mala.

Marques. ¿Por qué?

D. Greg. Porque tengo yo ciertas noticias.... ¡Qué infamia! ¡Un hombre casado!.... En fin, bueno va: allá te las hayas; que en cuanto á mí desde ahora hago la cruz á esta casa, voime á buscar un arriero, tomo el portante mañana, y huyendo de esta liorna no paro hasta la Montaña.

ESCENA IV.

EL MARQUES, solo.

Cosas de señor mayor.

En fin, la suerte me llama á hacer un papel brillante en la corte.... A tí, adorada Baronesa, deberé mi dicha: por ello el alma te doy: sí, tú desde ahora serás de mis dulces ansias el objeto.... ¿Y mi muger?.... mi muger no sabrá nada.

Ademas ¿qué hago yo en esto que otros infinitos no hagan?

Siquiera por darme tono debo tener.... La chanada será que tambien mi esposa tenga por su lado.... ¡Vaya! ¿cómo que tambien es tono!

(13)

No; pues eso no me agrada....
Pero no hay que temer.... (1) ¡Oiga!
son las doce y media dadas.
¡Que tardel... Voime corriendo (2)

ESCENA V.

EL MARQUES. EL CONDE.

Conde. (3) Está bien: en esta sala
quedaré esperando mientras
no esté visible madama.

Marques. ¿Qué veo?... no hay duda...
él es:

el Conde de Fuendorada.

¿Conde?

Conde. ¡Chinchilla!.... ¿tú aquí?...
dame un abrazo.... ignoraba
que estuvieses en Madrid.

Marques. Desde que volví de Francia
no he salido de él.

Conde. ¡Qué ingrato!
ni tan siquiera una carta
me has escrito.

Marques. Mis negocios
de ese silencio son causa.

Conde. Y ¿por qué no has ido á verme?

Marques. No sabia tu llegada.

Conde. Siempre soy tu verdadero
amigo: hasta donde alcanzan
mi fortuna y mi favor
puedes disponer.

(1) Mira el reloj.

(2) Toma el sombrero que estará sobre una
mesa, se lo pone, y va á salir por el foro cuan-
do sale el Conde.

(3) Desde la puerta hácia dentro.

Marques. Mil gracias.

Conde. Lo digo como lo siento.

Marques. Puede que en breve me valga de tu favor.

Conde. ¿Solicitas algún destino?

Marques. Una plaza de gentil hombre.

Conde. Pues ya cuenta con ella: mañana mismo te presentaré á mi tío.

Marques. ¡Amistad rara!

Conde. ¡Si supieras cuántas veces de tí en París me acordaba!

Marques. ¿Te habrás divertido mucho?

Conde. Joven, con bastante plata, y un genio alegre, ya puedes discurrir.

Marques. Y con las damas, ¿qué tal, has sido dichoso?

Conde. ¡Oh! no siempre en las batallas de amor los dulces laureles con facilidad se alcanzan. Sin embargo, en mis empresas he hallado pocas ingratas. Sé manejar una intriga con arte: no olvido nada de cuanto puede ablandar la beldad mas inhumana: finjo, adulo, ruego, gasto, regalo; y si se me escapa bien puede decir que queda su virtud acrisolada.

Marques. ¡Pobres hijas de familia!

Conde. Dí tambien ¡pobres casadas!

Marques. ¿Cómo!.... ¿casadas?

Conde. Si son

esas las que mas me agradan.

Marques. Digo que tienes mal gusto.

Conde. Allá en París me llamaban
el coco de los maridos.

Marques. Enhorabuena allá en Francia;

pero acá en España.... Mira,
los maridos en España
son muy celosos.

Conde. Mejor:

á esos me gusta pegarla.

Marques. Sí; pero hombres como tú
han de acometer mas arduas
empresas. Poco rival
es un marido: no sacas
de eso gloria alguna.

Conde. Pues

yo bien sé me ha de dar fama
cierto plan que traigo ahora
entre manos.

Marques. ¿ Con casada?

Conde. Con casada.

Marques. ¿ La conozco?

Conde. Pues te veo en esta casa,
juzgo que sí.

Marques. ¿ Cómo? ¿ Vive
aquí?

Conde. Sí.

Marques. (¡ Ay! ¡ Virgen santa!

¿ Si será mi muger?) (1).

Conde. Es,

para no ocultarte nada,
la Marquesa.

Marques. (¿ No lo dije?)

(1) Las cláusulas entre paréntesis son apartes.

¿De veras?... ¿Eh? (1)

Conde. ¡Ay ¡qué guapa es la Marquesa!

Marques. Pues yo en ella no encuentro nada de particular.

Conde. ¿Qué dices?

¡si es un hechizo!

Marques. La cara

no es del todo mala; pero por lo demas ¡ay! espanta.

Conde. Pues, amigo, á mí me gusta.

Y al Marques de Rosa-blanca ¿le conoces?... al marido.

Marques. Ya.... sí.... de vista.

Conde. ¿Qué trazas tiene?

Marques. Así....

Conde. Dicen que es jóven.

Marques. De mi edad.

Conde. Que era de baja condicion; mas que queriendo figurar compró muy cara su nobleza.

Marques. ¿Dicen eso?

Conde. Y que por lucirlo gasta mas de lo que tiene.

Marques. Es falso.

Conde. Y tambien que con el ansia de brillar ya no hace caso de su muger.

Marques. (¡Ah canalla!)

Conde. Ya ves, es de los maridos que yo busco.

Marques. Sí, mas falta

(17)

que la Marquesa....

Conde. Ya está
casi medio conquistada.

Marques. ¿Cómo?... ¿qué dices?...
(¡Ay, Dios!
esto solo me faltaba).

Conde. Digo que ya....

Marques. ¡Ya!

Conde. Que tengo
esperanzas.

Marques. ¿Qué esperanzas?

Dí: ¿cuándo la has conocido?

Conde. Ayer por la noche en casa
de la Condesa del Viento.

Hubo gran baile: la sala
mil jóvenes ofrecía
que el premio se disputaban
de la beldad; mas á todas
la Marquesita eclipsaba.
De numerosos amantes
hallábase rodeada.

Loco de amor, me abro paso,
llego con mimo y con gracia,
dígola quien soy, despliego
mi finura y elegancia;

á su hermosura, á su trage
prodigo mil alabanzas;

y fui tan feliz que en breve
cuantos antes la cercaban
viéndose desatendidos

se esparcieron por la sala
dedicando sus obsequios
á menos hermosas damas.

Dueño del campo, redoblo
mis esfuerzos; y ablandada
por fin, me prometió....

Marques. ¿Qué?

Conde. ¡Oh favor singular!

Marques. Habla:

¿qué te prometió?

Conde. ¡Preludio

de mis dichas!

Marques. Di, pues.

Conde. ¡Cuántas

envidias causé!

Marques. Pues qué,

¿fue público?

Conde. Sí.

Marques. (Qué rabia)

¿Qué fue?... Di.

Conde. Bailar tan solo

conmigo.

Marques. ¡Ah!

Conde. ¿Qué tienes?

Marques. Nada.

Conde. Parece que te incomoda

lo que digo.

Marques. ¡Qué bobada!

muy al contrario.... No ves

que me rio?

Conde. No me engañas.

Tú estás.... ¡Ay, qué tonto!.... ya

caigo.... El verte en esta casa....

tu inquietud.... todo me indica....

Marques. ¿Qué?

Conde. No hay que ocultarlo.... Vaya,

que es lance!.... Sí, tú eres....

Marques. ¿Quién?

Conde. Mi rival.

Marques. ¿Yo?

Conde. Sí, tú, tú amas

á la Marquesa.

Marques. No hay tal.

Conde. Lo conozco.

Marques. ¡Qué machaca!

(Mejor será descubrirme
y.... mas ¿cómo tendré cara
para decirle yo mismo?...)

Conde. ¡Ola! parece que callas.

Marques. (El al cabo ha de saberlo)
Pues bien, yo... (No puedo).

Conde. Acaba.

Marques. (Menos vergüenza será
lo sepa por otros).

Conde. Habla.

¿Qué piensas?

Marques. Nada.

Conde. Confiesa

que la quieres.

Marques. Si te agrada

que lo diga, sí.

Conde. Y ¿qué hacemos?

Marques. Por mí, lo que te dé gana.

Conde. Mira, será lo mejor

que me la cedas. Compara

tu situacion con la mia:

fuera en tí porfia vana

competir conmigo (1).

Marques. ¡Oh Dios!

¡La una!.... Ya se me olvidaba

que estoy con la Baronesa

citado... voy.... (2).

Conde. ¡Qué! ¿te marchas?

Marques. Sí.... (3) (El caso es que
si me voy

éste queda solo en casa

cortejando á mi muger).

Conde. ¿Conque me cedas la dama?

(1) El reloj da la una.

(2) Hace ademán de quererse marchar.

(3) Da algunos pasos y vuelve.

Marques. (¡Qué apuro!)

Conde. Pues bien, á Dios.

Marques. No, me quedo (1).

Conde. ¿Te retractas?

Marques. (2) (¿Qué dirá la Baronesa?).

Conde. ¿Estás loco ó tienes ganas de burlarte?

Marques. (3) (Pensará que no voy por no comprarla el aderezo).

Conde. Pues mira,
te retiro la palabra
de presentarte á mi tío.

Marques. ¿Qué dices?

Conde. Por mas instancias,
por mas empeños que tengas,
no has de conseguir la plaza
que pretendes.

Marques. Eso no.

Conde. Pues márchate sin tardanza.

Marques. Bien, me voy.... (En media hora

que puedo faltar de casa,
no hay que temer el que... Y luego
mi muger es muy honrada).

Abir (4).

Conde. El sombrero.

Marques. Venga (5).

Conde. ¿Qué haces? esa es la ventana.

Marques. ¡ Ah! sí: estoy distraido.

(1) Se quita el sombrero, lo pone sobre una silla, toma otra y se sienta.

(2) Despues de una corta pausa.

(3) Sin atender al Conde.

(4) Se va á marchar sin sombrero y se lo dá el Conde.

(5) Se dirige equivocadamente hácia la ventana.

(21)

Conde. (1) Adios.

ESCENA VI.

EL CONDE, solo.

Ya se ha marchado. A Dios gracias
dueño del campo he quedado.
Sin embargo, algo me extraña
haber logrado tan pronto
convencerle.... ¡ Ah! mi adorada
Marquesa sale.

ESCENA VII.

EL CONDE. LA MARQUESA.

Marquesa. Señor

Conde, perdonad que os haya
hecho esperar.

Conde. ¡ Ah! señora:
solo en cuanto me privaba
de vuestra amable presencia
he sentido la tardanza.
¡ Estábais al tocador?

Marquesa. Mejor dijerais que estaba
en un potro. Ese Mouchez
ha perdido ya la gracia
para peinar: hoy me ha puesto
una cabeza que espanta.

Conde. Pues yo os encuentro divina.

Marquesa. Lisonja vuestra.

Conde. Les falta
es verdad á ciertos bucles

(1) Le agarra por el brazo y le lleva hasta la
puerta.

un no sé qué... Si me hallára
presente á vuestra *toilette*
esas faltas enmendára.

Marquesa. ¿ Vos ?

Conde. Sí, yo... Vos no debíerais
permanecer encerrada
cuando estais al tocador ;
que es contra toda elegancia.
Esta prescribe que asistan
los amigos de confianza
á un acto tan importante.
Entonces sí que una dama
se halla en su esplendor, y reina
cual en un trono sentada.
Los que la cercan admiran
en su sencillez las gracias
que le dió naturaleza
libres de enojosas galas.
Todos la sirven y ofrecen
incienso sobre las aras
de su beldad ; cuál presenta
las olorosas pomadas ;
cuál con una horquilla prende
un rizo que se escapaba ;
cuál ayuda á colocar
los pendientes ; cuál alarga
el collar digno de envidia
que el nevado seno abraza.
Entre todos se discute
la forma mas adecuada
que deben tener los rizos,
su situacion, la distancia
que han de guardar entre sí ;
y otros puntos... Ella paga
tan agradables servicios
con su risa y sus miradas :
todos quedan satisfechos ,

todos prendados; y gracias
al peinado, ella se lleva
ya por parte de mañana
en cada pelo un suspiro,
y en cada ricito una alma.

Marquesa. Seguiré vuestros consejos;
y quiero desde mañana
que asistais á mi *toaleta*.

Conde. ¡Qué favor!... ¡Ah! me ol-
vidaba

de preguntaros si habeis
descansado.

Marquesa. En dos semanas
no descanso del tal baile.
¡Qué tormento! En una sala
que apenas caben cincuenta,
mil personas apiñadas.
Cuál se mira trasportado
donde no quiere en volandas,
cuál con las luces, el humo,
y la calor se desmaya.
Si es la música, no se oye:
si el baile, las contradanzas
son un campo abierto donde
se atropellan y maltratan:
el ambigú no parece
sino una plaza tomada
por asalto: en fin, sale uno
muerto de sueño, rasgada,
medio tullida, y se puede
llamar feliz la que escapa
sin coger á la salida
una pulmonía.... Vaya,
lo digo, tales funciones
las aborrezco en el alma;
y á ellas la vanidad,
pero no el gusto me llama.

Conde. Igual fastidio tambien
del baile ayer me ahuyentára;
mas vos estábais en él;
y vuestra presencia basta
para embellecerlo todo.
Verdad que en medio de tanta
concurcencia solo á vos
veía: la imagen grata
de vuestra beldad ni un punto
de mi memoria se aparta.
Brillante con mil adornos
que los ojos deslumbraban,
los míos quedaron ciegos
al contemplar tantas gracias...
Mas ¿qué necesidad hay
de recordar tales galas
cuando sin ellas ahora
aun mas vuestra vista encanta?
¡Ah! sí: tan lejos de haceros
ningun favor, os agravian;
y pareceis mas hermosa
cuanto menos adornada.

Marquesa. Dejaos de esas lisonjas...

Está hermosa la mañana;
y quiero dar una vuelta.

Conde. Por mí....

Marquesa. No lo digo para
que os marcheis; pues al contrario
podeis, si no os desagrada,
acompañarme.

Conde. Señora,
con mucho gusto.

ESCENA VIII.

Dichos. D. GREGORIO.

D. Greg. ¡Ola! Gracias
á Dios, sobrina, que llevo
á verte: parece chanza;
mas ya va para dos dias
que no te he visto la cara.
Si es por la mañana, estás
hasta las doce en la cama:
despues dice tu doncella:
„aun se está vistiendo el ama:”
ó „ha salido en el bombé.”
Ayer no comiste en casa,
y por la noche tuvistes
ópera, baile y jarana.

Marquesa. Pues si tardais un momento
ya no me encontrais en casa.

D. Greg. ¿Vas á salir?

Marquesa. Sí señor.

D. Greg. ¿A donde?

Marquesa. A paseo.

D. Greg. Vaya,
pues te acompañaré.

Conde. (A Dios:
ya tengo la fiesta aguada).

Marquesa. Si quereis....

Conde. (1) ¿Quién es?

Marquesa. Un tio
de mi marido.

Conde. ¿Qué facha!

D. Greg. Cuando entré ya estaba el
coche.

(1) Bajo á la Marquesa.

Marquesa. Pues bien , vamos.

Conde. Vamos.

D. Greg. ¡Calla!

¿ Viene tambien el señor?

Marquesa. ¿ Si gusta de ello?

D. Greg. (1) Palabra.

¿ Sois duque ó baron?....

Conde. Soy conde.

D. Greg. Pues podeis acompañarla:
lejos de tomarlo á mal
su esposo os dará las gracias.

D. Greg. Cuando entré ya estaba el
coche.

(1) Al Conde , llamándole aparte.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL MARQUES, solo.

Viage escusado. ¡Mal haya el Conde!.... por él.... y luego esa Baronesa tiene tan poca paciencia.... al menos debiera haber esperado una media hora.... en fin, ello es que ya no estaba en casa. ¡Por vida de....! lo que siento es que el otro se ha quedado aquí; y ¿quién sabe?... ¡oh! no creo que mi muger.... mi muger es como todas.... por cierto que es chasco que el Conde venga... no sé como componerlo. Si con él me enfado, adios su proteccion y mi empleo; si al contrario callo y sufro, podré.... sí, mas ¡á qué precio!

ESCENA II.

EL MARQUES. LA MARQUESA.

D. GREGORIO.

Marques. (1) ¡Ah! ¿tú aquí?... de dónde vienes?

(1) A la Marquesa.

Marquesa. Vengo de dar un paseo.

Marques. ¡Oiga! ¿Con mi tío?

Marquesa. Sí.

D. Greg. Y con otro caballero
que se agregó,

Marques. ¿Quién?

D. Greg. Un conde....

¡Oh! puedes estar sin miedo:

es persona de alta clase:

eso sí, franco en extremo,
modales sueltos; y un pico...

¡Vaya un pico de los buenos!

Marques. Dí: ¿por ventura es el conde
de Fuendorada?

Marquesa. En efecto.

D. Greg. ¡Calla! ¿aquel de quien
me hablabas
esta mañana?

Marques. Ese mismo.

D. Greg. ¿El que debe protegerte?

Marques. Sí, señor.

D. Greg. Pues te prometo
que si tu muger se empeña
en breve tendrás empleo.

Marquesa. ¿Le conoces tú?

D. Greg. ¡Si son
amigotes!

Marquesa. Pues me alegro.

No quiso subir ahora;
pero volverá muy presto,
pues comerá con nosotros.

Marques. ¿Le has convidado? Mal
hecho.

D. Greg. Cierto que es mal hecho:
ahora

apuesto á que no comemos
hasta las seis de la tarde.

Marquesa. Eso dadlo por supuesto.

D. Greg. ¡Y ahora son las tres! No aguanta

tanto mi estómago; y luego
tras de comer tarde, habrá
que guardar mil cumplimientos.
Estaré metido en prensa
entre damas, no pudiendo
ni escupir, ni estornudar,
ni servirme de los dedos
para comer; deberé
esperar á que el postrero
me sirvan; me quitarán
el plato estando comiendo;
nos pondrán muchos guisotes
y un malísimo puchero;
y si alguno me gustare
quizás no haré mas que olerlo....
No, no, abur.

Marques. ¿A donde vais?

D. Greg. En busca de algun plebeyo
que no aguarde á comer cuando
cenaban nuestros abuelos.

ESCENA III.

EL MARQUES. LA MARQUESA.

Marquesa. ¿Conque conoces al Conde?

Marques. Hace ya bastante tiempo.

Marquesa. ¿Qué sugato tan amable!

Marques. ¿Sí?... ¿Eh?

Marquesa. ¿Qué fino! ¿qué atento!

y ¡qué bien baila! ¡si vieras!

hizo unos pasos tan nuevos,

tan lindos que....

Marques. Sí, ya se

que ayer fue tu compañero
en el baile.

Marquesa. Casi todo
lo bailamos juntos.

Marques. ¡ Bueno!
sin cuidar de que en la sala
murmurarian.

Marquesa. ¿ Por eso?

Marques. Y porque toda la noche
con él hablando te vieron.

Marquesa. No hay tal cosa, hablé
con todos.

Marques. Pero mas con él.

Marquesa. Es cierto,
porque fue el mas obsequioso.

Marques. Pues sepas que esos obse-
quios

no me acomodan.

Marquesa. Entonces
me encerraré en un convento;
que estando en la sociedad,
de evitarlos no hallo medio.

Marques. Sí, pero hay ciertos... si no
dime, ¿ á qué se redujeron
esos obsequios del Conde?

Marquesa. ¡ Qué aprension!

Marques. Quiero saberlo.

Marquesa. ¡ Ah! ¡ Ah!

Marques. ¿ Te ries?

Marquesa. ¡ Pues no!

Marques. Vamos, dílo.

Marquesa. No me acuerdo.

Marques. Por ser cosas que me ofenden
me lo callas.

Marquesa. ¿ Cómo es eso?

¿ Pensais que....? *Marques,* hacedme
algun mas favor os ruego.

Marques. Si nada tiene de malo,
¿á qué son tantos misterios?

Marquesa. Y ¿qué piensas me diria?

Lo que todos, tú el primero,
dicen á todas: la eterna
cartilla de cumplimientos
y de frases afectadas
que, palabra mas ó menos,
en todos es una misma:
cosas que ya mas de ciento
me han repetido; y de puro
oir las no hacen ya efecto.

Marques. ¿ Ello es que él se esplicó?

Marquesa. Sí.

Marques. ¿ Y tú le escuchastes?

Marquesa. Cierto.

Marques. ¿ Sin enfadarte?

Marquesa. ¿ Por qué,
si todo fue lisonjero?

Marques. ¡ Ya se ve! te habló de amor.

Marquesa. No llegó á tanto como eso:
todo fue galanterías
de un hombre fino y atento.

Marques. ¿ Y tú qué le respondistes?

Marquesa. ¿ Tambienquieres saber eso?

Marques. Tambien.

Marquesa. Cosas generales.

Marques. Pues no quedó descontento
segun noticias.

Marquesa. Bien puede
ser: ¡ los hombres son tan necios!
todo lo que no es desaire
lo convierten en provecho,
sin saber tomar las cosas
por lo que son, por un juego.
Cuando están á nuestro lado
no han de hablarnos del gobierno,

de las artes, de las ciencias.
 La conversacion del tiempo
 es corta y tonta; el recurso
 es elogiarnos; y hay ciertos
 que por salir del apuro
 nos espetan un *yo os quiero*.
 Y ¿qué hemos de hacer entonces?
 ¿enojarnos y ponernos
 como basiliscos? no;
 seguir la corriente. El necio
 nos sirve de diversion,
 y nos distrae el discreto.
 La conversacion concluye
 quedando todos contentos.
 Nos despedimos; y adios:
 Si te ví, ya no me acuerdo.

Marques. ¿Y si lo que fue una chanza
 lo toma el tal por lo serio,
 y sigue y emprende?

Marquesa. Entonces
 se le desengaña presto
 y escarmienta.... verbi-gracia:
 si tienes algun recelo
 del Conde, pronto verás
 como le mando á paseo,

Marques. Eso no.

Marquesa. ¿Cómo!

Marques. Pudiera
 enojarse.

Marquesa. Y ¿qué tenemos?

Marques. Tenemos mucho: por él
 puedo conseguir mi empleo.

Marquesa. ¡Ola! ¡ola! señor marido,
 parece que en vos los celos
 transigen con la ambicion.

Marques. No, sino que siempre hay
 medio

de conciliar.... me convence
lo que dices.... solo quiero
estar seguro de tí:
por lo demas yo no encuentro
inconveniente en que.... pues....
en que tú mostrando cierto
agrado.... asi.... como que....
En fin tú tienes talento,
y esto no ha de durar mas
que hasta tener el empleo.

Marquesa. Miren en lo que han pa-
rado

tanta furia y tantos celos.

Y decid, querido esposo,

¿estais á sufrir resuelto

con la paciencia debida

las inquietudes, los miedos,

las dudas é iras que en tanto

asaltarán vuestro pecho?

Marques. De modo que yo....

Marquesa. Ya, tú

te harás el prudente, y luego

sobre mí descargará

el nublado de tus celos.

Marques. ¿Celos yo?... si los tuviese

¿sufriera lo que consiento?

Marquesa. ¿Qué sufres?

Marques. Tantas visitas

como tienes.

Marquesa. Sí, las tengo.

Una dama del gran tono

hace siempre un papel feo

cuando no tiene su corte;

mas ¿debes temer por eso?

acércate y mirarás

¿qué ridículos sugetos!

un coronel con sus grandes

bigotes , dando tan fieros
 gritos , que parece está
 mandando su regimiento.
 Un vano covachuelista
 que anda eternamente puesto
 de uniforme , y ponderando
 la importancia de su empleo.
 ¿ Piensas que he de enamorarme
 de aquel viejo recompuesto,
 jugador de profesion ,
 en quien dientes , color , pelo ,
 todo es postizo , y le impide
 la tos decir un requiebro?
 Un cierto golilla tiene
 menos repugnante aspecto ;
 mas hay la fatalidad
 que habla mucho y no le entiendo.
 De un jóven hijo de Apolo
 me agradarian los versos
 si alguna gloria adquiriese
 mi reputacion por ellos ,
 mas compuso ha pocos dias
 un madrigal á un bostezo ,
 y mientras me lo leía
 me hizo á mí dar mas de ciento.
 No faltan á la verdad
 elegantes ; y te puedo
 enseñar alguno jóven
 y buen mozo , no lo niego ;
 mas tan pagado de sí ,
 tan adamado , tan lleno
 de olores , que causa hastío
 cuando se acerca diciendo :
 ¿ no es cierto que soy hermoso ?
 ¿ no voy siempre muy bien puesto ?
 mirad ; qué dientes tan blancos !
 ¿ qué rizado traigo el pelo !

amadme, pues, Marquesita,
porque en verdad lo merezco.

ESCENA IV.

Dichos. PERICO.

Perico. Señora, adentro os espera
la modista.

Marquesa. Allá voy luego (1).

La he mandado venir para
un traje nuevo que intento
llevar el martes al baile
del embajador.

Marques. Teniendo
tantos vestidos ; á qué
viene el hacerte otro nuevo ?

Marquesa. Si voy con uno á dos bailes
todo mi crédito pierdo.

Marques. Sí ; pero tambien ya tanto
gastar.... y si fuera en eso
solo ; mas en todas cosas
muestras un lujo supérfluo.
No te lo digo por mí,
pues nada me duele ; pero
sé que murmuran y dicen
que gasto lo que no tengo.

Marquesa. Y bien está ; qué te im-
porta

que lo digan , si es incierto ?

Sobre todo nuestros gastos
son precisos, no supérfluos.

¿ No eres un título ya ?

¿ no tendrás pronto un empleo
en la corte ?.... es necesario

(1) Vase Perico.

que el tren anuncie al sujeto.
Yo por mí no quiero lujo;
y si me compro soberbios
brillantes, si gusto de ir
en bombé, si nunca dejo
pasar una moda, es solo
por darte honor; mas lo siento,
ya que tú, ingrato, me riñes
en lugar de agradecerlo.

Marques. Esto no es reñir, es solo
manifestar lo que pienso.

Marquesa. Pues bien, prometo enmen-
darme cuando me des el ejemplo.
Por lo que toca al vestido,
amigo, ya está resuelto
qué se haga: para otra vez
me servirán tus consejos.

ESCENA V.

EL MARQUES solo.

En nada quedamos....; ah!
ya me voy yo convenciendo
de que es locura casarse.
Todo es cuidados, recelos,
mucho gastar; y por fin
¿qué gana uno? estar sujeto.
¡Ah! ¡la Baronesa! ¡oh cuánto
de verla ahora me alegro!

ESCENA VI.

EL MARQUES. LA BARONESA.

Bar. Vaya, Marques, que me habeis
dado un chasco de los buenos.

Marques. Perdonad ; pues me detuvo un pesado.... ; cuánto siento mi tardanza ! ... tambien vos habeis salido tan presto....

Baronesa. Me era forzoso ir á ver á la Condesa del Viento.

¡Ah! ; cómo no os ví en el baile que dió ayer?

Marques. Porque no quiero ir á bailes donde vaya mi esposa : es estar molesto, y no divertirse.

Baronesa. Estuvo brillante. El vestido nuevo que me regalasteis dió gran golpe ; y yo tuve cierto orgullo al ver que escedia al de vuestra esposa.

Marques. En ello tengo un placer.... ; ah ! decid : habeis visto á aquel sugeto?

Bar. ; Qué sugeto ? ; el diamantista ?

Marques. Ese no : el de mi empleo.

Bar. ; Ah ! ya caigo : en casa estuvo ; pero se marchó muy presto , y gracias que no faltó ; pues no puede de un momento disponer sin defraudarlo al Estado.

Marques. Segun eso ocupa un puesto importante.

Bar. ; Toma ! uno de los primeros.

Marques. ; Cómo se llama ?

Baronesa. Se llama.... debo callarlo,... á su tiempo os lo diré.... Pero hablando de otra cosa : amigo , ; tengo

o una rabia !....

Marques. ¿ Contra quién ?

Bar. Contra el ladrón del platero.

Marques. ¿ Os ha engañado ?

Baronesa. Peor :

quiere que le dé el dinero
de contado.

Marques. ¡ Haya bribón !

¡ atrevido !

Baronesa. ¡ Qué ultraje hecho
á toda una Baronesa !

Marques. ¿ Dónde ha visto ese mos-
trengo

que barones ni marqueses
paguen al contado ?

Baronesa. Y ello

no era mas que una friolera ;
y á no ser porque en el juego
fui ayer noche desgraciada....

Marques. ¿ Conque perdisteis ?

Baronesa. Lo menos

treinta ó cuarenta medallas.

¡ Ya se vé.... ! talló aquel tuerto.

Marques. ¿ Ello es que no habeis com-
prado

las alhajas ?

Baronesa. No , y lo siento ;
pues me gustaba infinito
uno de los aderezos

que llevaba.

Marques. ¿ No sabeis

que está mi bolsillo abierto

siempre para vos ?

Baronesa. Sí ; mas

tantos favores os debo

ya , que....

Marques. Pues mi amor os quiere

(39)

hacer este nuevo obsequio.

Baronesa. Yo me avergüenzo.... por culpa de administradores tengo que sufrir estos bochornos; mas juro que á todos ellos he de despedir.

Marques. Muy bien; pero entretanto yo os ruego que acepteis....

Baronesa. Si os empeñais....

Marques. ¿Cuánto vale el aderezo?

Bar. Unas cuarenta y cinco onzas.

Marques. Voy por ellas al momento.

ESCENA VII.

LA BARONESA sola.

Buen pellizco le he sacado:
Con algunos cuantos de estos
me prometo en pocos meses
hacer mi agostillo; y luego,
Marques mio, al mejor día
anochezco y no amanezco.
No me conviene seguir
este embrollo mucho tiempo;
pues si al fin se me descubre...

ESCENA VIII.

LA BARONESA. EL CONDE.

Conde. ¡Ola! Juanita: ¿te encuentro también aquí?

Baronesa. ¿No os he dicho ayer que en la corte tengo

título de Baronesa?

Conde. Si; pero dime el misterio de tan extraña mudanza.

Bar. Ahora no tendremos tiempo. Cuando ayer nos encontramos os lo quise decir; pero no os visteis á la Marquesita, y ya no pude hallar medio de apartaros de su lado.

Conde. Es verdad.

Baronesa. Ved que os recuerdo vuestra palabra de no descubrirme, por lo menos hasta que os diga las causas.

Conde. Muy bien; pero yo me muero por saber...

Baronesa. ¡Chito! que viene el Marques.

ESCENA IX.

Dichos. EL MARQUES.

Marques. (¡ Qué contratiempo !
¡ el Conde !)

Conde. (¿ Marques ha dicho ?)
¿ Otra vez aqui te veo ?

Marques. Sí (1). Escuchad... (2) con tu permiso (3).

Tomad, aqui teneis eso (4).

Baronesa. Mil gracias.

Marques. ¡ Ah ! no digais al Conde que yo...

(1) A la Baronesa.

(2) Al Conde.

(3) Lleva á la Baronesa á un lado.

(4) Le da un bolsillo.

Baronesa. Prometo
callar.

Marques. Es que no lo digo
por esto, sino que....

Baronesa. Bueno:

ya digo que guardaré
sigilo; y en prueba de ello
me marchó ahora mismo.... Conde,
una vez que aquí ya os dejo
con el Marques, yo me voy.

Conde. ¿Qué Marques?

Baron. Parecéis ciego;
el Marques de Rosa-blanca,
el señor.... ¿no le estais viendo?
¿ó no le conoceis?

Conde. ¡Ah!

Marques. (Adios, ya estoy descu-
bierto.)

Bar. ¿Está vuestra esposa en casa?

Marques. No lo sé.... sí.... por allá
dentro
anda.

Baronesa. Pues la voy á ver.

Hasta luego, caballeros.

ESCENA X.

EL MARQUES. EL CONDE.

Conde. ¡ El Marques! ¡ah! ¡ah! ¡ah!....
vaya,
que si no río reviento.

Marques. ¡ Como es tan chistoso el
lancé!

Conde. ¿ No lo ha de ser? A lo menos
para mí.

Marques. ¡ Ya! para tí....

Conde. Es cosa que si la cuento
hará reir á Madrid
lo menos un mes entero.

Marques ; Mucho!

Conde. Por eso sin duda
era aquel aturdimiento,
aquel marcharse y volver...
¡ ya se vé! yo iba diciendo
tales cosas... ¡ qué buen rato
habrás tenido!

Marques. Yo creo
que os estais burlando.

Conde. ¿ Yo?

Marques. Es que....

Conde. ¿ Te enfadas? ya veo
que ahora conviene mostrarte
agraviado: sí, yo debo
á tus ojos parecer
un pérfido, un monstruo horrendo,
seductor y falso amigo;
y en el furor de tus celos
sin duda debe tu espada
traspasar mi aleve pecho.

Marques. Tanto ya.... mas ¿ te parece
que haya de tomarlo á juego?

Conde. ¿ Quién tal dice? es una cosa
tan seria, que por lo menos
debemos salir al campo,
y allí con regla y sin miedo
pegarnos cuatro estocadas.

Marques. Pues cuando quieras saldremos.

Conde. Está muy bien; pero como
buen amigo, te aconsejo
inventes luego, si sales
vencedor, otro pretexto
que nuestro duelo motive.

Marques. Y ¿por qué?

Conde. Porque es muy feo
en este tiempo ilustrado
desafiarse por celos.

Marques. Mas ¿si los celos se fundan
en la razon?

Conde. Con todo eso
el señor Marques será
la burla de todo el pueblo.
Correrá de boca en boca
tu aventura, y con aumentos,
se harán sobre ella letrillas
satíricas que los ciegos
cantarán; cuando pasares
te mostrarán con el dedo;
y acudirán para verte
los muchachos cual á nuevo
y extraño bicho traído
de luengas tierras. Los celos
cuando mas hoy se toleran
en maridillos plebeyos;
pero en gentes de buen tono...;
¡ah! da vergüenza el tenerlos.

Marques. ¿Acaso es tono olvidar
el honor?

Conde. No; mas lo cierto
es que te pierdes y habrás
de ocultarte; y aun no es esto
lo peor de todo, sino
que hasta para los empleos
te inhabilitas.

Marques. ¿Qué dices?

Conde. No serias el primero
que se ha quedado en la calle
por ser marido molesto.
Y, la verdad, lo sintiera
por tí; pues ya casi tengo

conseguido el que pretendes.

Marques. ¿Para mí?

Conde. Sí, por supuesto.

Marques. ¿Conque has hablado á tu

padre?

Conde. Ahora mismo de eso vengo.

Le he ponderado tus prendas,

tu instruccion, tu gran talento...

Marques. Y ¿qué es lo que ha res-

pondido?

Conde. No ha respondido "veremos",

como suele acontecer:

sino al contrario "yo creo

que pide poco ese joven."

Marques. ¿Cosa rara!

Conde. Su deseo

(repliqué yo) se limita

por ahora á tan modesto

destino, porque le basta

para ulteriores proyectos

introducirse en Palacio.

Marques. Muy bien dicho.

Conde. Andando el tiempo

(continué) se le enviará

á algun pais extranjero

de encargado de negocios.

Marques. ¿Eso dijiste?

Conde. Mas luego

que haya visto algunas Cortes,

se le podrá con acierto

nombrar embajador.

Marques. ¡Vaya!

tú te burlas.

Conde. No por cierto,

así dije.

Marques. Es mucho ya.

Conde. Los hombres de tus talentos

nunca deben parar hasta conseguir un Ministerio.

Marques. ¡Oh! basta, que me avergüenzas.

Conde. Puede ser que otro en mi puesto

se arrepintiera ahora ya de lo hablado; pero tengo mas generosas ideas; y por lo mismo me empeño mas que nunca en colocarte.

Marques. ¡Amigo insigne!

Conde. Mas luego que ya estés asegurado en tu destino, saldremos al campo y...

Marques. ¡Cómo! ¿batirnos? vaya, hombre, olvidemos eso.

Conde. No es posible: tú te tienes por agraviado, y yo debo satisfacerte.

Marques. Lo estoy.

Ademas, yo no me puedo agraviar; pues ignorabas que era mi muger.

Conde. Es cierto.

Marques. A saberlo, estoy seguro la miráras con respeto.

Conde. Puede.

Marques. Y la amistad será de hoy mas un seguro freno de tu aficion.

Conde. Debe ser....

mas con todo, tus recelos no se calmarán; y asi pienso que el mejor remedio es que rompamos.

Marques. No tal :

no faltaba mas.

Conde. Al menos

no debo ver á tu esposa.

Marques. Tampoco, y antes deseo

que la visites, la trates,

la acompañes á paseo ;

y que con ella te vea

todo el mundo.

Conde. Yo no puedo

consentir....

Marques. Ahora mismo

presentarte á ella quiero.

Conde. ¡ Oh ! no....

Marques. Sí, ven.

Conde. Si te empeñas.

Marques. Me empeño, sí.

Conde. Pues marchemos....

(Cuánto puedes, ambición ;

pues vences hasta los celos).



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

EL CONDE solo.

Mientras toman el café
quiero en silencio aquí solo
meditar sobre el partido
que he de seguir.... bien que poco
tiene que reflexionar.

He vuelto al Marques de modo
que él mismo ya favorece
mis intenciones: por otro
lado él se halla distraído,
si es que yo no me equivoco,
con la Baronesa: fuera
por consiguiente muy tonto
en no aprovecharme.... es cierto
que un amigo escrupuloso
no tratará de.... Mas ¡que!
guardando mucho decoro
en lo exterior, lo demás....
lo demás importa poco.

ESCENA II.

EL CONDE. LA BARONESA.

Baronesa. Os vi salir; y juzgando
ser este el instante propio

para hablaros, vengo....

Conde. Estoy,
amiga, lleno de asombro.
¡ Qué comida tan soberbia !

Bar. El Marques se dá gran tono,
y todo respira aquí
riqueza y gusto.

Conde. Supongo
que no es esta la primera
vez que de su generoso
trato disfrutais, señora
Baronesa.

Baronesa. Gusto poco
de convites: porque quiso
la Marquesa, y mas que todo p
para hablaros; me he quedado
hoy.

Conde. Yo bien sé que es mas propio
de señoras baronesas
convidar, que en casa de otros
ser convidadas.

Baronesa. Pues bien,
para mañana os propongo
comer conmigo: vereis
si yo tambien me doy tono.

Conde. Bien, veremos la otra casa
del Marques.

Baronesa. ¡ Burlon !

Conde. Conozco
que todo ese tren lo debe
sostener él.

Baronesa. ¿ Por qué ?

Conde. Como
hubo un tiempo en que llevaron
la misma carga mis hombros.

Baronesa. ¿ Quién se acuerda de aquel
tiempo ?

Conde. ¿Quién? mis acreedores todos.

Baronesa. ¡Ingrato! ¿cómo pudisteis dejarme en el abandono en un París?

Conde. Te dejé donde te hallé: bien que pronto te ví consolada: gracias á aquel comerciante gordo tan rico con quien te fuiste á Cádiz.

Baronesa. ¿Don Juan de Soto? el pobrecito quebró.

Conde. ¡Miren qué dolor de mozo! sin duda algun barco suyo naufragaría.

Baronesa. Lo propio fue para el caso; pues uno, casco y cargamento, todo nos lo comimos en menos de cinco meses.

Conde. ¿Qué lobos! Y ¿qué te hicistes despues?

Baronesa. Entonces con los despojos del barco vine á Madrid, donde hallándome con fondos quise brillar, y de un viejo Barón viuda me supongo.

Conde. ¿Y ahora de todo ese lujo el Marques es el apoyo?

Bar. El Marques no me sostiene: me porto con mas decoro. Solo admito de él regalos. A veces un primoroso tocador; otras un bello diamante de mucho costo; cuándo el almuerzo de china, cuándo la cadena de oro

de buen peso: sin contar
mil friolerillas, como
vestidos, chales, sortijas...
dinero, nunca lo tomo
si no es prestado: eso sí,
ni él lo pide, ni tampoco
yo se lo vuelvo. En el juego
llevamos un mismo fondo:
cuando perdemos él paga,
cuando ganamos yo cobro.
En cambio yo le concedo
mi proteccion.

Conde. ¿Tú?

Baronesa. Si gozo
de gran favor en la corte.

Conde. ¿De veras?

Baronesa. Él como un bobo
se lo cree por lo menos.

Conde. ¡Jesus, qué serie de embrollos!
¡Oh! pues yo, que sí disfruto
de tal favor, me propongo
servirle.

Baronesa. ¿Por amistad
solo, sin que ningun otro
interes se mezcle en ello?

Conde. Te confieso sin rebozo
que la Marquesa me gusta.

Bar. Y ¿en qué estado va el negocio?

Conde. No va mal; mas no comprendo
á la Marquesa: conozco
que no la disgusta el verse
obsequiada; pero noto
cierto aire en ella que indica
que no se interesa el fondo
de su corazon.

Baronesa. No es facil
que eche en olvido tan pronto

su amor al Marques.

Conde. ¡ Oh! yo

no desmayo: sobre todo

si me quieres ayudar.

Me conviene para el logro

de mis intentos, que tengas;

encaprichado á su esposo;

que á favor de la amistad

la des consejos.... Mas oigo

pasos.... es ella.

Baronesa. Guardadme

secreto, y os sirvo en todo.

ESCENA III.

Dichos. LA MARQUESA.

Marquesa. Por fin pude libertarme

de doña Justa. ¡Qué plomo!

no ha parado hasta contarme

sus ascendientes, los novios

y maridos que ha tenido,

sus partos, los nombres todos

y las gracias de sus hijos.

Yo sudaba: en fin su esposo

la llamó cuando empezaba

á hablar del perrillo dogo.

Bar. Pues al Marques le he dejado

entregado á don Sempronio,

que dará de él buena cuenta.

Marquesa. El, al fin, le oirá con

gozo;

pues le hablará de la Corte,

de ministros, de negocios

de Estado, del grande influjo

que tiene en palacio: embrollo

que concluirá con pedirle
le preste un par de onzas de oro.

Conde. Decidme: aquel alto, flaco,
con peluca y con anteojos,
que parece tan pagado
de sí ; quién es?

Marquesa. Un famoso
diplomático: ha corrido
París, Berlin, Estokolmo;
y la ciencia que ha traido
es hablar por circunloquios.

Bar. Quién me choca es el poeta.

Marquesa. ¿ Aquel colorado y gordo,
bulle bulle, de vergüenza
como de talento corto?
su oficio es con bufonadas
mantenerse á expensas de otros;
paga un soneto su escote,
y una botella es su Apolo.

Conde. No te perdono al Marques
haberme puesto aquel tomo
de la Intendentá á mi lado.
¡ Vaya una muger de á folio!

Marquesa. Pero de cascos ligeros;
siempre metida en embrollos,
con pretensiones de amantes
gastándose hasta los ojos:
mas vieja que quiere, y menos
que conviene á su reposo.

Conde. Huyendo de ella me vine
aquí.

Baronesa. Donde el pobre mozo
me estaba contando ahora
sus pesares amorosos.

Marquesa. Conde ; estais enamorado?

Conde. Decid que estoy ciego, loco.

Marquesa. ¿ Puede saberse el objeto

de esa pasión?

Conde. Si le nombro
temo que... por su retrato
le conoceréis. En todo
se parece á vos: tiene esos
negros y brillantes ojos
que, al par que inflaman, infunden
timidez; tiene el gracioso
sonreír que en vuestros labios
seduce: su cuerpo airoso
imita de vuestro talle
el elegante contorno:
oigo vuestra voz y pienso
que es la suya: en fin, me formo
tal ilusión, que imagino
sois vos la que en ella adoro.

Marquesa. Bien sabéis sin ofender
hacer el debido elogio
de la que amais.

Baronesa. Solo tiene
para los escrupulosos
un gran defecto.

Marquesa. ¿Cuál es?

Baronesa. Que está casada con otro.

Marquesa. Pues, amigo, os compa-
dezcis.

Bar. ¿Quién sabe? ese es un estorbo
que no....

Marquesa. ¿No?

Baronesa. Hoy en el día
no se repara en tan poco;
y si es sugeto de clase,
distinguida y poderoso,
cualquier señora le admite.
¿Hay en eso algún desdoro?
antes bien es una gala
indispensable. ¿Qué tonto

papel hace en el gran mundo
 la que se reserva solo
 para un maridazo, cuya
 presencia entristece á todos!
 ¿pensais que alaban por eso
 su virtud? tomad los votos.
 Quién dirá que es ordinaria;
 quién, que es fea como un lobo;
 quién, que es ficcion por no hallar
 quien la diga: «buenos ojos
 tienes»: por fin me la ponen
 como un trapo. Si de todo
 han de murmurar, que al menos
 el murmurar nos dé tono.

ESCENA IV.

Dichos. D. GREGORIO.

D. Greg. ¿Se acabó ya la comida?

Marquesa. Sí, señor.

D. Greg. Yo como un lobo
 me he atracado en casa
 de Cabezon. Con un trozo
 de ternera he dado fin
 que pudiera hartar á un toro.

Baronesa. (Santos cielos! ¿qué fatal
 encuentro! este es don Gregorio).

Marquesa. (1) Tío, ved que estan
 aqui
 estas visitas.

D. Greg. ¿Estorbo?

Marquesa. No, señor; pero el som-
 brero...

D. Greg. Sudando estoy como un pollo,

(1) Bajo á don Gregorio.

y si me le quito voy
á resfriarme.

Marquesa. Con todo
debeis saludar...

D. Greg. Es cierto.

Señor Conde, vaya un polvo.

Conde. ¿Tiene macuba?

D. Greg. Esquisito.

Conde. Pues por ser moda lo tomo.

D. Greg. (1) Y vos ¿no entraís en la
moda?

Baronesa. No, señor.

D. Greg. Eso me ahorro.

Mas ¡calla! (2).

Baronesa. (¡Maldito viejo!)

D. Greg. Me parece que conozco
esa cara.... ¿dónde he visto?...
ya caigo.... Jesús, ¡qué asombro!

Juana.

Baronesa. Caballero ¿á quién
os dirigís?

D. Greg. A tí.

Baronesa. El modo

es bastante familiar.

D. Greg. No hay duda: es su mismo
tono

de voz... ¿quién creyera?... ¡vaya!
¡cómo has medrado!

Baronesa. ¿Está loco
este hombre? ¿quién es, Marquesa?

Marquesa. Mi tío.

Baronesa. Lo muestra poco
en su modales groseros.

Marquesa. La verdad, yo me son-
rojo....

(1) A la Baronesa.

(2) Observando á la Baronesa.

D. Greg. ¿ Ahora la echas de señora ?
mira que si me sofoco....

Marquesa. Pero ¿ acaso conoceis ?...

D. Greg. Ya se vé que la conozco.
Ha estado sirviendo en casa
cerca de dos años.

Marquesa. ¿ Qué oigo ?

Conde. Ya escampa.

Baronesa. Corrida estoy.

(¡ Perverso !)

D. Greg. Y por cierto robo
que me hizo....

Marquesa. Ved que os podeis
engañar.

D. Greg. No me equivoco:

es la misma: sí, señor,

la misma: Juana Pantojo

mi criada. ¡ Buena alhaja!

limpia, eso sí, como un oro,

Y ¿ qué manos tan divinas

tiene para guisar pollos?

Conde. ¡ Ah! ¿ qué risa!

Baronesa. Ya no puedo

sufrir mas tan vergonzosos

ultrages. Fuera humillarme

refutar lo que ni asomo

tiene de apariencia; mas

yá que vos no poneis coto

á su desvergüenza, adios,

Marquesa: de hoy mas no pongo

los pies donde así se agravia

mi nobleza y mi decoro.

ESCENA V.

LA MARQUESA. EL CONDE.

D. GREGORIO.

D. Greg. ¡Cuál va echando chispas!

Conde. No es
para menos el negocio.
De Baronesa la haceis
bajar á fregona.

D. Greg. ¿Qué oigo?
¿Acaso es la Baronesa
de Arica?

Conde. Tal es por todos
tenida aquí.

D. Greg. ¿La que vende
tanta proteccion al tonto
de mi sobrino?

Conde. La misma.

D. Greg. ¿A quien él regala hermosos
aderezos de brillantes?

Conde. Cabal.

D. Greg. Y la que.... mas pongo
freno á mi lengua, que está
aquí su muger, y....

Marquesa. ¿Cómo?
¿qué quereis decir?

D. Greg. No es nada.

Marquesa. Es que....

D. Greg. Nada; cierto embrollo
que penetro; pero yo
sabré deshacerlo. Corro
tras de la tal Baronesa,
y si por ventura logro
ciertos informes, vereis,

vereis en donde coloco
tanta nobleza.

ESCENA VI.

EL CONDE. LA MARQUESA.

Marquesa. ¿Qué escucho?
¿Qué luz funesta á mis ojos
se presenta!.... ¿qué sospechas!....
¿es posible que mi esposo!....
vos, Conde, conoceis esa
muger.... ¿quién es?

Conde. Yo lo ignoro.

Es difícil de creer

lo que dice don Gregorio;
pero se ven tales cosas....

Marquesa. ¿Y esos regalos costosos
que la hace el Marques?....

Conde. Yo creo

que es por gratitud tan solo.

¿Cómo le protege!

Marquesa. Sí;

pero ¿no puede haber otro
motivo?

Conde. ¿Cuál?.... ¡ay! Marquesa,
estais, segun lo que noto,
celosa.

Marquesa. ¿Yo?

Conde. Tambien es

imprudencia en don Gregorio

declarar que hace regalos

á una bella vuestro esposo,

y decirlo estando vos

delante.... es fuerza estar chocho.

Marquesa. Pero al cabo es la verdad.

Conde. Que lo sea: si de todo

se ha de pensar con malicia....

Marquesa. De los hombres hay tan poco que fiar.

Conde. Sí, yo bien sé que hay muchos, y me abochorno de confesarlo, que olvidan sus deberes; que en el fondo de su corazon abrigan un amor escandaloso; que á pesar de que son dueños de esposas dignas de todo cariño, las abandonan del modo mas vergonzoso por objetos despreciables: sé tambien que entonces sordos á la razon, no permiten se oponga ningun estorbo á sus ciegos desvarios; y en tan funesto trastorno arrollan todo respeto y disipan sus tesoros.

Marquesa. Si el Marques fuese capáz....

Conde. ¡Oh! el Marques, yo le conozco, y no es de esos, no.

Marquesa. Y ¿en qué lo fundais?

Conde. En ser esposo vuestro: basta contemplar los seductores adornos que en vos brillan á porfia para creer....

Marquesa. Pueden poco los débiles atractivos de muger propia. Supongo

no obstante que es infundado
 mi recelo ; ni tampoco
 si fuera cierto, aqui debo
 hablar ya de ello mas. Corro
 un velo sobre ese punto ;
 pero en olvido no pongo
 el secreto que mi tio
 ha descubierto. Los ojos
 abro al fin: la Baronesa
 no es lo que aparenta ; y todo
 me induce á creer que al menos
 quiere engañar á mi esposo.
Conde. Ved , aqui está el Marques.

ESCENA VII.

Dichos. EL MARQUES.

Marques. (¡ Ola !
 ¡ el Conde y mi esposa solos !)
 Pensé que la Baronesa
 estaria con vosotros.

Conde. La Baronesa voló.

Marques. ¿ Se ha marchado ?

Conde. Sí.

Marques. ¿ Tan pronto ?

¿ y sin despedirse ?

Marquesa. ¿ Sientes
 su partida ?

Marques. ¡ Yo !

Marquesa. Pues pongo
 en tu noticia que ya
 se fue para siempre.

Marques. ¿ Cómo ?

Marquesa. De entrar en esplicaciones
 no es esta ocasion. En otro
 instante hablaremos.... basta

ahóra decir que el decoro
no permite que alternemos
con esa muger: me opongo
á que entre en casa; y te pido
quede en adelante roto
entre ella y tú todo trato.
Lo exige así mi reposo,
mi felicidad: yo espero
que lo harás. Adios.

ESCENA VIII.

EL MARQUES. EL CONDE.

Marques. Absorto
he quedado. Dime, amigo,
¿qué es esto?

Conde. Que don Gregorio
nos ha venido á meter
en el mas extraño embrollo
que puede verse.

Marques. ¿Qué ha hecho?

Conde. Te vas á llenar de asombro.

Dice que la Baronesa.
no es tal Baronesa.

Marques. ¿Cómo?

Conde. El cómo yo no lo sé;
mas él asegura en tono
muy formal que la ha tenido
sirviendo en su casa.

Marques. ¿Es loco?

¿y lo ha dicho en su presencia?

Conde. Sí.

Marques. ¡Dios mio! ¿qué bochorno!

Conde. Ya te puedes figurar
cual se habrá puesto.

Marques. Yo corro

á desagraviarla.

Conde. Si.

Lo que debes por de pronto
hacer es eso.

Marques. No obstante
será bueno antes de todo
decir algo á la Marquesa.

Conde. ¡Qué disparate! no, tonto.

La Baronesa es tu dama;
y la Marquesa tan solo
tu muger: con ésta tienes
cumplido de cualquier modo;
y con aquella es preciso
observar mucho decoro:

la una tiene que sufrir;

y la otra al menor asomo
de indiferencia, te deja.

En fin, luego que este embrollo
se aclare, se pasará
de la Marquesa el enojo.

Marques. Dices muy bien: voy cor-
riendo....

Conde. Yo entretanto, siempre pronto
á servirme, voy de nuevo
á tratar de tu negocio
con mi tío.

Marques. ¿Nos veremos
aun esta noche?

Conde. Es forzoso.

Marques. ¿Dónde?

Conde. ¿Dónde?.... Es escusado

me busques en ningún otro
sitio; pues en adelante

será público y notorio

qué si no estoy en tu casa
tardaré en venir muy poco.



ACTO CUARTO.

Habrà luces.

ESCENA I.

LA BARONESA. PERICO.

Baronesa. ¿Está en casa el Marques?

Per. Sí,

señora: ha poco que vino.

Bar. Decidle que quiero hablarle;
pero os encargo el sigilo,
y que nadie sepa en casa
que estoy aquí.

ESCENA II.

LA BARONESA sola.

Fue preciso
para aparentar enfado
en mi casa no admitirlo;
pero conviene ceder
un poco; y en un estilo
entre tierno y enojado
hablarle ahora. Su tío
no puede de ningún modo
dar pruebas de lo que ha dicho;
y es tan poco verosímil
su acusacion, que en mi juicio

si tengo un poco de maña;
será facil convertirlo
todo á mi favor y hacer
se rian de él.

ESCENA III.

LA BARONESA. EL MARQUÉS.

Marques. Dueño mio,
¿vos aquí? ¿Cuánto anhelaba
hablaros! y ¿habeis podido
negarme?....

Baronesa. Pensado tuve
no veros más: mi ofendido
orgullo así lo exigia;
mas quedaba el honor mio
mal puesto; y me importa mucho
de mancha dejarle limpio.
Por eso al fin me he resuelto
á hacer este sacrificio
para que con vos mi nombre
no se quede envilecido.

Marques. ¿Vos envilecida, amada
Baronesa? yo os afirmo....

Baronesa. Ese título dejad:
nunca Baronesa he sido.
Soy tan solo.... ¿qué se yo?
lo que quere vuestro tio:
una muger de la hez
de la plebe.... ¿no os lo ha dicho
á vos tambien?

Marques. Perdonadle.
El ignora los estilos
que la política enseña;
y porque en vos habrá visto
quizá cierra semejanza....

Baronesa. No, que él lo afirma; y su juicio,
su edad, su experiencia, todo
debe dar peso....

Marqués. Os suplico
no hableis de eso mas. ¿Quién da
crédito á tales delirios?
la misma sois para mí;
y ni un instante vacilo
en el concepto que tengo
formado de vos: hechizo
semejante; puede acaso
en la plebe haber nacido?
no; pues no es una belleza
comun la que en vos admiro.
Ese aire noble y señor,
esos modales tan finos,
entre nobles ascendientes
pueden ser solo adquiridos.

Baronesa. Si viviera todavía
mi padre don Gumersindo,
comendador de Santiago
y vizconde de los Rios,
impune no se quedara
un ultrage tan indigno;
mas una débil muger
¿qué puede hacer?.... Bien, que
he sido

necia en tomar sentimiento
por lo que el desprecio mio
merece tan solo.... El hecho
es tan natural, tan digno
de crédito.... ¡Qué aprension!
¡Ah! perdonad si me rio.

Marqués. Yo me avergüenzo.

Baronesa. Decid,
decid al primer ministro.

de estado que aquella á quien
dispensa tan decidido
favor, que la Baronesa
de Arica....

Marques. ¿Cómo! ¿el ministro?

Bar. Sí, señor; pues ¿qué pensais?
el ministro: es aquel mismo
que fue á casa esta mañana.

Marques. ¿A quién me habeis pro-
metido
hablar por mí?

Baronesa. Verdad es,
lo prometí; mas retiro
mi palabra.

Marques. ¿Cómo?

Baronesa. Ya
no me es posible serviros.

Marques. ¿Por qué?

Baronesa. ¿Quién ha de hacer caso
de una muger de principios
tan bajos?

Marques. Olvidad eso.

Baron. No, buscad mas distinguidos
personages para empeño.
Vos y yo, *Marques*, hoy mismo
debemos romper.

Marques. ¿Por una
imprudencia de mi tio?

Baronesa. No es por eso solo, no:
tengo mayores motivos.
Abro los ojos en fin,
y conozco...

Marques. ¿Qué?

Baronesa. Yo he sido
muy débil, mucho.... ¡Ah! *Mar-*
ques,
por vos, por vos me he perdido.

Marques. ¿Por mí?

Baronesa. Por vos hoy asesta
la murmuracion sus tiros
contra mi honor....

Marques. ¿Qué decis?

Baronesa. Sí; y en boca de malignos
censores, mi fama.... ¡Oh Dios!

¿cuál me ultrajan los inicuos!

Pero ¿para qué culparlos?

es verdad, yo os he querido.

Incauta, yo me he dejado

arrestar al precipicio

que me ha preparado vuestra

seduccion: he preferido

un hombre de quien ya nada

debí esperar, al cariño

de otros mil que me ofrecian

bienes y mano: el camino

del deber he abandonado;

y en mi fatal descarrío,

honor, fortuna y sosiego,

todo por vos lo he perdido.

¡Infeliz de mí!

Marques. ¿Llorais?

¡Ah! mi pecho conmovido....

Baronesa. Solo me queda un remedio

duro, sí, pero preciso:

la ausencia.... *Marques:* adios....

adios.

Marques. ¿Os vais?

Baronesa. Me despido

de vos para siempre.

Marques. ¡Ah! no,

deteneos.... En vos miro

la victima desgraciada

de un funesto amor: yo he sido

causa del mal, y ¿quereis

(68)

que os deje en ese conflicto?
no soy tan ingrato: bienes,
vida, todo lo dedico
en vuestro obsequio.

Baronesa. (¡ Mi intento
logro!)

Marques. ¡ Mi muger! ¡ Dios mio!

ESCENA IV.

Dichos. LA MARQUESA.

Marquesa. ¿ Vos aqui , señora?... es-
traño,

despues de lo sucedido,
que os atrevais todavía
á poner en este sitio
los pies.

Baronesa. Y yo mucho mas
estraño tomeis conmigo
ese tono altivo. ¿ Acaso
no me será permitido
deshacer una calumnia
que me ofende?

Marquesa. De mi tio
no me importan las sospechas,
y quien sois ya no examino.
De cosas que mucho mas
me interesan solo cuido.

Baronesa. ¿ Qué escucho? ¿ qué nueva
afrenta
se hace á mi honor?

Marquesa. Si entendido
me habeis, lo que os toca hacer
no ignorais.

Baronesa. Será preciso
antes aclarar....

Marquesa. ¿Pensais
que en tan poco yo me estimo
que me humille hasta ese punto?
salid de aqui.

Marques. ¿Quién permiso
te da para?...

Marquesa. Eso es, tomad
su defensa.... Ya os lo he dicho
señora, marchaos.

Baronesa. (¡Qué rabia!
me vengaré) Me retiro;
y dad á mi discrecion
mil gracias. Aunque ofendido
me habeis, yo no imitaré
un proceder tan indigno.
Bien pudiera sin embargo....

Marquesa. ¿Qué?

Baronesa. No os altereis, reprimo
mi enojo.... solo os recuerdo
al Conde.... en fin nada digo.
Marques, adios, teneis una
fiel esposa, os felicito;
pero guardad vuestro honor:
no desprecieis el aviso.

ESCENA V.

EL MARQUES. LA MARQUESA.

Marques. Muy bien, señora, muy bien.
Cierto, os habeis conducido
con finura.

Marquesa. Como debo.

Marques. Y ¿te atreves?....

Marquesa. Te habia dicho
que no queria volviere
aquí mas.

Marques. Y ¿dónde has visto que al querer de la muger esté sujeto el marido? Aquí quien manda soy yo, yo solo; y por tus caprichos no he de permitir se arroje de mi casa con estilo tan grosero á una señora de su carácter.

Marquesa. ¡Me rio de la señora!

Marques. Lo es, por mas que diga mi tío.

Marquesa. Bien, que lo sea: yo tengo ademas otros motivos.

Marques. Y ¿cuáles son?

Marquesa. ¿Por ventura necesito yo decirlos?

pon en tu pecho la mano y respóndete á tí mismo.

Marques. ¿Estás celosa?

Marquesa. Parece que confiesas tu delito.

Marques. Son sospechas infundadas.

Marquesa. Pues bien, yo me tranquilizo con que se aleje la causa.

Marques. Estás hablando lo mismo que si no tuvieras nada por qué callar. Si de indicios me dejase yo llevar....

Marquesa. ¿Qué indicios?

Marques. Muchos.

Marquesa. Pues dílos.

Marques. ¡Son tantos!

Marquesa. Pues uno solo.

Marques. Es difícil elegirlo.

Marquesa. Uno solo.

Marques. Si quisiera....

Marquesa. ¿A ver?... ¿eh?... ¿callas?... ¿no digo?

Así son todos: muy pronto
para acusar: si el motivo
se les pregunta ¿responden?
no, señor, callan su pico.

Marques. Pues bien, ya que dices eso,
ya que tanto alzas el grito,
hablaré, El Conde....

Marquesa. ¿Otra vez
con el Conde? he respondido
ya acerca de él.

Marques. Me engañastes.

Marquesa. ¿No propuse despedirlo?

Marques. Por fingir.

Marquesa. ¿Por qué despues
me le tragistes?

Marques. Metido
ya en casa no era posible
remediarlo; y yo, sencillo,
pensé que en los dos podía
confiarme; mas ya has oido
á la Baronesa al tiempo
de despedirse.

Marquesa. Artificio
ha sido para vengarse.

Marques. Pues yo confirmado miro
mis recelos. La prudencia
la contuvo, que si dicho
lo hubiera todo.... mas yo
la veré.

Marquesa. De tal testigo
¿que hay que esperar sino solo
falsedades?

Marques. ¿Con qué vivo

empeño tratas de ajar
 á la Baronesa! atino
 la causa de ello: la temes;
 mas no lograrás conmigo
 desacreditarla. Sé
 sus virtudes, conocido
 me es su corazon sincero.
 En sus palabras confio;
 y si algo cuenta, no hay duda,
 es la verdad.

Marquesa. Hombre inicuo,
 eso es, ofende á tu esposa,
 despréciala; y el ludibrio
 hazla ¿de quién? de una vil
 intrigante.... ¡Yo he mentido!
 ¡y ella es solo quien merece
 tu confianza!.... no me humillo
 al punto de disculparme;
 mas oye: si has presumido
 que he de tolerar mi afrenta,
 te engañas mucho. Yo exijo
 de tí no vuelvas á ver
 á esa muger.

Marques. ¿Tu albedrío
 es por ventura, mi regla?
 yo la veré por lo mismo
 que me lo prohibes.

Marquesa. Pues
 yo sé el modo de impedirlo.

Marques. ¿Me amenazas? ¡Ola! ¿á ver?
 Este es aquel corderito
 tan humildito, tan manso,
 con aquel aire sencillo
 y tímido que afectaba
 antes de la boda.... ¡digo,
 si ha sabido en poco tiempo
 cobrar alas?.... eso mismo,

sucede en todo. Primero sencillez en los vestidos, mucha modestia en el trato, amor, respeto al marido; pero á vuelta de seis meses todo al revés: genio altivo, inconsecuente, insufrible, furor de brillar, caprichos de modas y diversiones, las visitas por castigo, yo mirado sin aprecio hecho juguete, y.... no digo mas. ¡Ah! ¡qué chasco he llevado! ¡Ya se vé! ¡si era preciso! muger al cabo, es decir, hipocresía, artificio.... Bien dicen, que al que se casa debieran pegarle un tiro.

Marquesa. Y tú, dime: ¿por ventura eres el propio? ¿qué se hizo aquella ardiente pasión que expresabas tan rendido? no trato ya de exigirte los halagos, los suspiros que amoroso prodigabas; pero ¿no has dado al olvido la palabra de estar siempre atento á mi dicha? El brillo de tus bienes no resarce la falta de tu cariño. Me dices que ha habido cambio: es muy cierto que le ha habido; pero ¿ha sido por mi parte, ó por la tuya? ¿te miro alguna vez á mi lado? Nunca me hablas tierno y fino. Siempre adusto en mi presencia;

pero fuera es muy distinto.
 El mal humor que otros causan
 le pago yo: tu descuido
 llega hasta el desprecio... en fin,
 con decir que eres marido
 no hay mas que hablar. Todos
 obran

de esa suerte; y siempre ha sido
 para ellos la libertad,
 para nosotras los grillos.

Marques. Pues cierto que tú te
 puedes

quejar... ¡vaya!... si ha existido
 muger libre en este mundo
 eres tú... no, yo te fio
 que de hoy mas... aqui ha de haber
 una reforma: es preciso,
 señora Marquesa, que
 tomeis diferente estilo.

Menos salir, menos bailes:
 sobre todo, ya os lo he dicho,
 menos gastar.

Marquesa. ¿Quién aquí
 gasta mas que tú?

Marques. Conmigo
 no se entiende eso: si gasto
 es porque puedo y es mio.

Marquesa. ¿Qué es lo que oygo?...
 eso es echarme
 en cara tus beneficios.

¡Ah! cruel: esto tan solo
 le faltaba á mi martirio (1).

Marques. ¡Cómo!... ¿qué es esto?...
 ¿á qué viene
 ahora llorar?... si lo he dicho

(1) Echa á llorar.

ha sido solo por.... vamos,
sosiégate.

Marquesa. Ya está visto
cual es la felicidad
que debo esperar contigo.
Pues bien, toma allá tus bienes,
los odio, los abomino,
no los quiero mas: prefiero
la pobreza del asilo
paternal á la opulencia
mezclada de tan continuos
sinsabores. Quédate
solo y libre.

Marques. ¿Qué capricho
nuevo es este? ¿tú re quieres
separar?

Marquesa. Mañana mismo
vuelvo á casa de mis padres.
Allí al menos de los míos
no seré menospreciada.

Marques. ¿No ves que?

Marquesa. Está decidido.
Entre nosotros no puede
haber ya paz: tú tranquilo
y feliz te quedarás
no viviendo ya conmigo:
yo ¡triste! voy á llorar
lejos de tí mi martirio.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS solo.

Oye muger.... no me escucha.
Tambien este genio mio
tan pronto.... tiene razon:
con ella me he conducido

muy mal.... no hay remedio, es fuerza

enmendarme.... mi cariño sienta renovar por ella. Felizmente ha decidido la Baronesa marcharse.... mas si en tanto que me privo de ella, el Conde.... yo sospecho que á pesar de ser mi amigo no tendrá escrúpulo... no, yo le conozco.... es preciso tambien alejarle.... sí; pero yo le necesito.... no importa, el honor lo manda. Cuando le vea, decido decirle.... aqui está: valor;

ESCENA VII.

EL MARQUES. EL CONDE.

Conde. Te buscaba, amigo mio, para anunciarte que ya tu empleo...

Marques. ¿Sabes qué digo? que ya estoy casi dudoso si me conviene admitirlo.

Conde. ¿Ahora me sales con eso? pues me dejabas lucido despues de haberme empeñado, y cuando solo he venido para llevarte á palacio y presentarte á mi tio.

Marques. ¿Eh?... ¿qué dices?

Conde. Lo que escuchas. Debemor ir ahora mismo: si casi te está esperando.

Marques. Pues no es nada el compromiso.

¡ Un mayordomo mayor !

Conde. Grande de España, y que ha sido

ministro ya por dos veces.

Marques. ¡ Cómo qué !.... ¿ tambien ministro ?

no hay remedio, fuerza es ir.

Conde. Vamos pronto.

Marques. Ya te sigo.

ESCENA VIII.

Dichos. PERICO.

Perico. Señor, parece que el ama se ha puesto mala.

Marques. Perico dame el sombrero.

Perico. Si es para buscar al facultativo, yo iré, señor.

Marques. No.

Perico. Le ha dado un desmayo.

Conde. Pues, amigo, vamos pronto á socorrerla.

Marques. No, no, que no necesito que tú vayas.

Conde. ¿ Por qué ?

Perico. Dicen

que hace poco que la han visto entrar llorando en su cuarto: será por eso.

Marques. Maldito,

¿ quieres callar ? dame al punto ()

el sombrero.

Conde. (Me malicio
que éste ha refido sin duda
con su muger).

Marques. (1) Me es preciso
salir: por eso no puedo....
llamad al facultativo,
que venga pronto.... cuidado
con que no la falte auxilio
ningun. Vuelvo al instante.

Conde. Dichosamente he traído
mi berlina.

Marques. Pues me alegro.

Conde. (Yo sabré por el camino
sonsarle)... Vamos.

Marques. Vamos....

¿ No sería mejor visto
socorrer á mi muger?...
no; que me espera un ministro.

(1) Al criado que le presenta el sombrero.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

LA MARQUESA. D. GREGORIO.

D. Greg. Sobrina, no hay que afi-
girse:

eso no es nada: quimeras
entre esposos, cada mes
hay un ciento: se pelean,
gritan, alborotan; mas
pasa la furia y se quedan
tan amigos.

Marquesa. ¡ Ah! señor,
no es posible me resuelva
á vivir mas con un hombre
que me ofende, me desprecia;
y que....

D. Greg. Yo tampoco trato
de hacer aqui su defensa.
Antes bien, yo te prometo
calentarle las orejas
de lo lindo... ¡ bribonzuelo!
¡ descastado! ¡ sin vergüenza!
Mas ¿ á dónde está?

Marquesa. Perico
me dijo que con gran priesa
se marcharon á palacio
él y el Conde.

D. Greg. ¡ Qué troneras
unó y otro!

Marquesa. Aunque le dijo
que me hallaba algo indispueta
no se quiso detener.

D. Greg. Pues , si está que solo
piensa en sus empleos.

Marquesa. ¡ Quién sabe!
Puede que á la Baronesa
vaya á ver tambien y á darla
satisfaccion.

D. Greg. ¡ Oh! pues esa
poco te dará que hacer.
He hablado esta tarde mesma
al corregidor, y creo
que tomará providencia
séria y pronta; pues me dijo
que por su casa volviera
á las diez.... Vaya, hija mia,
no te desconsueles, deja
tristezas á un lado, todo
se remediará.... desecha
la idea de separarte.

Riñas, todas las que quieras,
mas ¡separacion! ¡no es nada
la campanada que dieras!

Marquesa. ¿ Pensais que mi corazon
en su interior la desea?
quizás el pesar me mate
si á verificarse llega;
mas fuerza es hacer tan duro
sacrificio.... si me cuesta
dígalo el llanto que vierto....
¡ ah! señor , en vos mi entera
confianza pongo. Volvedme
á mi esposo; pero sea
sensible, fiel, cariñoso,

como en otros tiempos era;
que si he de sufrir aún...
desprecios é indiferencia,
prefiero sola llorar
mi desventura y mis penas.

D. Greg. Sí, hija mia, sí, yo te....
vaya, que como si fuera
un niño, también... si tengo
un corazón de manteca....
bribón de sobrino, como
en mis manos te tuviera,
juro que.... ya, ya verás.
Mas lo que ahora interesa
primero que todo, es ver
qué hacen con la Baronesa.
Voyme, que ya es tiempo, á casa
del corregidor. Tú, prenda,
no te desconsueles mas.

Marquesa. Id con Dios.

D. Greg. Hasta la vuelta.

ESCENA II.

LA MARQUESA sola.

¡ Ah! mi pecho vacilante
ya no sabe á lo que deba
decidirse.... amo á mi esposo;
mas él, ingrato.... Te quejas,
Marquesa; y ¡ qué! ¿ por ventura
es suya la culpa entera?
¿ no tienes de que acusarte
por tu conducta indiscreta?
mi alma está pura, sí; mas
no basta evitar la ofensa
si nuestras acciones abren
á los celos la puerta.

Pero el Conde.... si evitara...
pudiese....

ESCENA III.

LA MARQUESA. EL CONDE.

Conde. (Ocasión es esta favorable, y es preciso aprovecharla). ¿Marquesa? (1)

Marquesa. ¡Señor Conde!

Conde. ¿Qué teneis? estais parece indispueta.

Marquesa. ¿Yo?... no señor.... es decir me siento.... así.... con jaqueca.

Conde. ¿No os dió hace poco un desmayo?

Marquesa. Vapores.... cosa ligera.
¿Dónde dejais á mi esposo?

Conde. En palacio: para prueba de aprecio quiso mi tío detenerle. Mi impaciencia por saber de vos ha hecho que de ellos me despidiera con pretexto de un negocio urgente.

Marquesa. ¿Tanta molestia!... aquello no ha sido nada, nada, ya me siento buena.

Conde. No obstante; esa palidez, esos ojos que demuestran haber llorado.... sin duda os aflige alguna pena.

Marquesa. ¿Qué disparate!... ninguna.

(1) Saluda á la Marquesa, y ésta le vuelve el saludo.

Conde. Depositad con franqueza
en el seno de un amigo
el pesar que os atormenta.

Marquesa. ¿No os he dicho que no
tengo?....

Conde. ¿A qué viene esa reserva?
lo sé todo, y el Marques....

Marquesa. ¿Ha tenido la imprudencia
de decir?....

Conde. Él lo callaba;
mas teniendo yo sospechas,
pude conseguir con maña
que por fin me lo dijera.

¡ Ah! Marquesa, os compadezco.

Marquesa. Bien lo podeis.

Conde. ¿Quién creyera
que dos almas que el amor
unió, de esta suerte hubieran
de separarse?.... mas qué,
¿no habrá modo de que vuelvan
á reunirse?

Marquesa. He sufrido
muchos agravios.

Conde. ¿No queda
ya esperanza?

Marquesa. ¡ Ah!

Conde. ¿Pobre amigo!
en su situacion no hubiera
para mi consuelo.

Marquesa. Él es
un ingrato.

Conde. Sí, Marquesa:
lo es, pues que desconoce
el precio de tal belleza
unida á tanta virtud.
Soy su amigo y me interesa;
quiero disculparle; mas

no halla espresiones mi lengua.
 ¡ Ah! ¡ cuán cierto es que la dicha
 sigue al que menos la aprecia!
 si los cielos tal tesoro
 puesto en mis manos hubieran,
 ciego de amor, no anhelára
 mas fortuna, mas riqueza:
 mi empleo fuera servirlos,
 agradar mi recompensa,
 y en vuestra felicidad
 la mia solo tuviera.

Marquesa. Todos dicen eso mismo;
 mas cuando á ser dueños llegan,
 lo que antes tanto anhelaban
 aborrecen y desprecian.
 Prometen felicidades,
 y mil disgustos reservan.
 ¡ Ojala no viese de ello
 en mí la triste experiencia!
 de las dichas con que un tiempo
 me halagaron ¡ qué me queda?
 Todas huyeron, y ya
 solo pesares me restan.

Conde. ¡ Solo pesares?... Pues qué,
 ¿ no hay ya placeres que puedan
 seros gratos? ¡ por ventura
 la dicha solo se encierra
 en un esposo? ¡ quereis
 que orgulloso se envanezca
 con vuestros padecimientos,
 sirviendo quizás de prueba
 para que otra?... no, debeis
 manifestar fortaleza;
 pues solo sentirá haberos
 perdido luego que os vea
 ser feliz sin él.... sois jóven
 y dotada con mil prendas.

seductoras: ahora estáis y alhed
 en la edad de brillar: nuestras
 sociedades mil placeres ,
 mil consuelos os presentan.
 Sois su principal adorno,
 y eclipsando cuantas bellas
 celebra Madrid , allí
 nuevos triunfos os esperan.

Marquesa. Ya tales satisfacciones
 nada tienen que me sean
 grato: conozco aunque tarde
 que la virtud las reprueba.
 No las quiero mas: en este
 triste estado solo anhela
 mi corazon el retiro
 y la soledad.

Conde. ¡Qué idea!
 ¡privarnos de vos!

Marquesa. Si acaso
 á verificarse llega
 mi separacion , intento
 huir de la corte ; y de ella
 lejos , pretendo buscar
 la obscuridad de una aldea.

Conde. (Reflexionando mejor...) y
 Sí... puede ser que os convenga.
 Para las almas sensibles
 suele el campo ofrecer ciertas
 distracciones... ¿teneis ya
 elegida residencia?

Marquesa. No.

Conde. Pues yo puedo servirlos.
 Tengo en una de mis tierras
 una hermosa quinta: está
 en lo mejor de Valencia.
 La naturaleza allí
 todas sus galas ostenta:

bellos y floridos prados,
 agradables alamedas,
 perspectivas deliciosas,
 la orilla del mar muy cerca.
 Si gustais, alli podreis
 pasar esta primavera.

Marquesa. Os doy muchas gracias;
 pero....

Conde. No haya excusas: con fran-
 queza.

Marquesa. Es que yo....

Conde. ¿Qué descansada
 vida llevareis! mi idea
 acá se formá mil planes
 que halagüenos la recrean.
 Os miro en traje modesto
 recorrer aquellas vegas
 ya pensativa, ya alegre.
 Tomando parte en las fiestas
 de los sencillos pastores,
 ó aliviando sus miserias.
 ¡ Ah! me tendré por dichoso
 si consigo á vuestras penas
 dar este ligero alivio;
 y si alguna recompensa
 me fuese dado esperar
 por ello, solo pidiera
 alguna vez visitaros.
 No sería mi presencia
 inútil, no: yo podria
 con la suave elocuencia
 de la amistad ofreceros
 consuelos; y con la vuestra
 ¿quién sabe? quizás tambien
 se ahuyentáran mis tristezas.

Marquesa. ¡ Vos tristezas!

Conde. ¿Qué os admira?

toda alma sensible y tierna
 las conoce.... ¡si explicarlas
 en este instante pudiera!....
 mas ¡ay! para eso es preciso
 que vuestra alma se halle abierta
 á la piedad.... y ¿lo puedo
 esperar aqui? no: fuerza
 es callar aunque me cueste.
 ¡Ah! tal vez un tiempo venga
 en que podré.... sí, mi pecho
 abriga tan grata idea,
 tan dulce esperanza.... en medio
 de las sombrías florestas,
 á orilla de algun arroyo,
 y sobre la verde yerba
 recostado, quizás logre
 mayor ventura que en esta
 triste habitacion: entonces
 postrado á las plantas vuestras,
 quizás escucheis piadosa
 lo que, calla ahora mi lengua;
 y la vuestra me responda
 lo que el alma ansiosa anhela.

Marquesa. ¡Cielos!... ¡qué escucho!...
 ¡ah! no debo....

Conde, con vuestra licencia.... (1)
Conde. ¿Os vais?... ¿hay en mis pa-
 labras

algo que ofenderos pueda?
Marquesa. No digo que... equivocada
 yo tal vez.... ¡oh que vergüenza!
Conde. ¡Ah! ya me habeis entendido;
 pues bien, divina Marquesa,
 no es tiempo ya de ocultar
 sentimientos que no acierta

(1) Hace ademán de marcharse.

mi pecho á contener... sí, sabedlo: vuestra belleza, vuestras gracias han prendado mi corazón: la funesta llama de amor arde en él, y solo por vos alienta.

Marquesa. ¿Y os atreveis, señor Conde?

¿Dios mío! ¿que tal ofensa he de sufrir!

Conde. Perdonad: conozco que no debiera... mas ¿hay quien os pueda ver sin amaros? ya las señas de mi ardor bien se mostraban en mi conducta: entenderlas debisteis; y cuando os ví conmigo tan placentera, escusad mi error, pensé que indiferente no os fuera.

Marquesa. ¿Y yo pude dar lugar?... ¡ah! digno de mi imprudencia es este castigo. Amado esposo, ya las ofensas que hechas te tengo conozco; perdona.

Conde. Esa resistencia enciende mas mi pasión. No es posible que ya ceda; y á vuestras plantas... (1)

Marquesa. ¿Qué haceis? Levantaos... idos fuera de aquí, que no puedo mas escucharos.

Conde. ¿No me queda

(1) Se arrodilla.

esperanza alguna?

Marquesa. ¿Vos?

¿que causais todas mis penas
y deshonra?... mi odio eterno,
eso tendreis.

Conde. ¡Ah! ¡Marquesa!

ESCENA IV.

Dichos. EL MARQUES.

Marquesa. ¡Cielos! ¡mi esposo!

Marques. ¿Qué veo?

infames, ya mis sospechas
se aclararon: ciertas miro
vuestra perfidia y mi afrenta.

(1) ¿Son estos, dí, los negocios
que con tan precisa urgencia
te llamaban? falso amigo,
traidor, que con la apariencia
de amistad y proteccion
labrar mi deshonra intentas,
ya te conozco.... (2) y tú, infiel,
niega, si te atreves, niega
lo que con mis propios ojos
acabo de ver.

Marquesa. ¿Qué! ¿piensas
que yo?...

Marques. Sí, pienso....

Conde. Marques,
tú te alucinas: desecha
un recelo que....

Marques. ¿Imaginas
que aun he de creer tus necias
escusas?

Conde. Yo de escusarme

(1) Al Conde.

(2) A la Marquesa.

no trato; ni á tal baja-
me humillaria despues
de lo que has visto. Mi lengua
te confiesa francamente
que te agravio, mas en esta
circunstancia el delincuente
soy yo solo: la Marquesa
no tiene culpa: yo debo
justificar su inocencia.

Marques. Ambos acordes estais
para engañarme. Tú intentas,
ya que descubro tu infamia,
salvarla al menos á ella.

Es en vano: desde hoy rompo
los lazos que nos estrechan.

Ya no es nada para mí.

Marquesa. ¡Esposo!

Marques. Muger perversa,
¿no querias separarte
de mí? pues bien, si lo anhelas
cumplido está. Vete al punto,
vete con tus padres: lleva
en medio de tu familia
el deshonor y la afrenta
que me reservabas.

Marquesa. ¡Cielos!

¿qué mas desdichas me esperan?

Conde. Yo no debo consentir,
Marques, que así en mi presencia
ultrages...

Marques. Ni yo tampoco
debo tolerar la ofensa
que me has hecho, sin vengarme.
Prepárate á darme de ella
satisfaccion.

Marquesa. ¡Ah! ¿qué dices?

Conde. Considero que te ciega

(91)

el furor: eres mi amigo....

Marques. ¿No te acordabas que lo era cuando me hiciste la injuria?

Conde. Es que ahora....

Marques. Ahora alega tu cobardía esa excusa.

Conde. ¡Mi cobardía!.... Basta esa duda para decidirme.

Estoy pronto, y cuando quieras....

Marquesa. ¡Ah! bárbaros, ¿qué intentais?

No permitiré yo mientras respire....

Marques. Aparta: yo quiero beber su sangre, ó que veas tu esposo muerto á sus manos, y que tú la causa seas.

Marquesa. ¡Oh Dios mio! ¡yo fallezco! (1)

Conde. ¿Qué es esto?

Marques. ¡Cielos!

Conde. Sostenla.

Ponla en esta silla. (2)

Marques. Toca la campanilla, que vengan....

¡Ah! maldigo mi furor. (3)

Conde. ¿Y bien?.... apenas alienta.

ESCENA V.

Dichos. D. GREGORIO. PERICO.
CRIADOS.

Perico. Señor ¿qué mandais?

(1) Se desmaya y cae en los brazos del Marques.

(2) Arrima una silla.

(3) Mientras el Marques sienta en la silla á su esposa, el Conde toca fuertemente á la campanilla, y acuden varios criados.

D. Greg. Sobrino, ¿qué es lo que hay? ¿qué bulla es ésta? mas ¿qué miro?

Conde. D. Gregorio

y vosotros socorredla.

D. Greg. Pobrecita, ¿cómo está!... Cosas tuyas serán éstas, sobrino ó demonio. Apuesto que la has maltratado. Venga pronto agua fresca. (1) Hacedla aire. Apartad. (2)

Marques. (3) Sobre la mesa del despacho hay un pomito de espíritu: ves....

D. Greg. Espera: no es necesario. Ya vuelve en sí.... ¡Sobrina!

Conde. ¡Marquesa!

Marquesa. ¡Ah!

D. Greg. Toma, bebe. (4)

Marquesa. ¿Sois vos, tío?... Por Dios, con presteza id.

D. Greg. ¿Adónde?

Marquesa. Detenedlos: que se matan.

D. Greg. ¡Santa Tecla! ¿quienes?

Marquesa. Mi esposo y el Conde.

D. Greg. Si están aquí.

Marques. Sí, no temas,

(1) Sale un criado, y vuelve á corto rato con un vaso de agua.

(2) Se quita el sombrero y con el ala la hace aire.

(3) A Perico.

(4) La presenta el vaso de agua.

que ya no intento....

Conde. Os prometo

que por mí....

D. Greg. ¿Qué cosa es esa?

¿ha habido algun desafio?

Marquesa. Es verdad.

D. Greg. ¿Cómo! ¿y aquella
tan grande amistad?

Marques. Hay casos
en que el honor se interesa
y es necesario....

D. Greg. Ya entiendo.
En fin, sucedió lo que era
de esperar. Mira, sobrino,
los protectores que te echas.

Marques. Tío....

D. Greg. Este es uno. Pues
en cuanto á la Baronesa,
cuando la quieras buscar
ves por ella á la galera.

Marques. ¿Cómo?

D. Greg. Allí la han recogido,
que bastante anduvo suelta.

Marques. Mas ¿por qué?

D. Greg. ¿Por qué ha de ser?
por sus excelentes prendas.

Marques. Una señora....

D. Greg. ¿Señora?
como Inés tu cocinera.

Marques. Pues qué ¿con efecto es
cierto?....

D. Greg. ¿Soy acaso algun babieca?
¿miento yo? casi dos años
me ha servido allá en mi tierra.
Me robó ciertas alhajas,
desapareció con ellas;
y desde entonces ha estado

corriendo de ceca en meca
 engañando á todo el mundo;
 y segun ella confiesa
 un mayorazgo muy tonto
 la llevó á Francia... Es traviesa,
 y ha tomado con el roce
 del mundo ciertas maneras
 que engañan. La autoridad,
 sin embargo, de quien era
 tenia largas noticias;
 y cuando llevé mi queja,
 hallé que el corregidor
 trataba ya de prenderla.

Conde. Con efecto, yo en París
 la he conocido. En aquella
 época no se fingía
 todavía Baronesa;
 y aunque ignoraba su origen,
 siempre por una embustera
 y enredadora la tuve.
Marques, ya es tiempo que vuelvas
 en tu acuerdo. Has sido hasta ahora
 engañado: con vergüenza
 digo que he contribuido
 á que lo fueses. Quisiera
 resarcirte los disgustos
 que te he causado. Ya llevas
 tus pretensiones en buen
 estado, y haré que obtengas
 en breve...

Marques. No, ya renuncio
 á tan altivas ideas.

Despues de lo que ha pasado,
 para mi honor siempre fuera
 una mancha el recibir
 nada de tí.

D. Greg. Ni debieras

nunca haber pedido nada.
 A tí lo que te interesa
 es que de una vez se acaben
 todas las desavenencias
 con tu muger; y que vivas
 en paz y gracia con ella.

Conde. Marques, de nuevo te digo
 que debes de su inocencia
 estar seguro, y que...

Marques. Si:

conozco que mis sospechas
 son injustas, tanto mas
 cuanto que yo.... me avergüenza
 mi proceder: no es posible
 me perdone tanta ofensa.

D. Greg. Toma ¿no ha de perdonarlas?

Si aquí bien se considera
 uno y otro teneis culpa.

Tú porque con tus grandezas,
 tu mania de brillar
 y de emplearte, la dejas
 en abandono y la miras
 como cosa extraña; y ella
 porque con sus distracciones
 de modas, bailes y fiestas,
 agradar á los demas
 antes que á su esposo intenta.
 Con que así lo que es preciso
 es poner ambos la enmienda,
 vivir cual buenos casados,
 y dejarse de tonteras.

¿Verdad, sobrina?.... ¿qué tal?
 ¿te alivias?

Marquesa. Si: ya estoy buena.

D. Greg. Pues para sanar del todo
 ven acá.... y tú, tronera, (1)

acércate.... (1) Ea, abrazaos.

Marquesa. ¡Esposo!

Marques. ¡Adorada prenda!

¿me perdonas?

Marquesa. Ya de nada

me acuerdo.

Marques. No mas grandezas.

Por tí renuncio á la Corte.

Marquesa. No mas bailes. Ya me

apestan

las modas. He de vender

mis brillantes y mis perlas.

Marques. Yo mi landó, mis caballos,
y hasta el tiro de colleras.

D. Greg. No, que ese puede servirme
para volver á la tierra.

Marques. ¡Ah! si; y para que tengais
la satisfaccion completa,

quiero que mi esposa y yo

os acompañemos.

D. Greg. Deja

que te abraze: ahora sí

que eres mi sobrino. Llenas

con eso mi corazon

de alegría.... Así pudieras

renunciar el marquesado

y quedar Chinchilla á secas.